

dos de psicología, habría llegado a declarar la absoluta unidad del yo.

Una visión del acto mental habida en el fondo de nuestra conciencia jamás deja descubrir complejidad, sino unidad. Proyectados al exterior esos actos mentales resultan complejos. Por un proceso de reflexión analizamos y descomponemos los actos psíquicos ya operados, mas el acto mismo del análisis resulta uno e indivisible mientras se está efectuando.

Considera luego el autor los elementos necesarios para la crítica: la obra y el crítico. Como se trata de autocrítica la obra se deja a un lado y se contemplan las fuerzas constitutivas del crítico y las influencias ambientales que sobre él pueden ejercitarse, a cuyo conjunto dedica veintidós párrafos de los cuarentaycinco de que el tratado consta. Con no poca frecuencia el autor digresa acerca de cuestiones psicológicas cuya relación con su propósito no es obvio. Da remate a su ensayo con una serie de reflexiones que tienen a la vez de psicología y epistemología.

La lectura de aquellas tres conclusiones asentadas por el señor Vincenzi en la página introductora, diéronme a entender que trataría de buscar «las relaciones recíprocas de la ciencia, la filosofía y arte» para exponerlas como base fundamental de una metafísica de la crítica. En ninguna parte del tratado se contempla la crítica de la ciencia ni de la filosofía. Porque las consideraciones psicológicas allí contenidas lo mismo pueden referirse al escultor que al inspector de carnes.

El crítico de profesión puede pasar por alto este ensayo: nada le enseñará. Verá allí repetida la noción de que ha de ser extensa su preparación, y si algo nuevo pudiera haber en el trabajo es que se le añada: «y haga la crítica de sí mismo con anterioridad a toda crítica de arte, de ciencia o filosofía». A lo cual muy bien pudiera responder el crítico: «Veinticuatro siglos hace me lo enseñaba Sócrates con un sentido hierático más profundo todavía, salido del alma de los templos antiguos».

«No—replicará el señor Vincenzi—no, que Sócrates pedía tal cosa tan sólo del filósofo».

Y ¿qué otra cosa quiere hacer del crítico el señor Vincenzi, si no es un filósofo? ¿Qué pretende si no es reducir todas las actividades mentales del crítico a la mera autodidáctica o autocrítica, de la cual jamás saldrá sino abatido o arrebatado, según el alcance de sus descubrimientos, y nunca bastante sereno para el ejercicio de la crítica? Ejemplo de abatimiento: Amiel. Y de arrebatado, los grandes místicos occidentales: Swedemborg, Santa Teresa de Jesús.

Entonces, ¿dónde está la crítica trascendental? No ciertamente en este ensayo de Autocrítica. Cuando leí aquellas tres conclusiones a que antes aludí, creí que el señor Vincenzi daría a su expresión trascendental el sentido de que su crítica intentaba descubrir los principios que en común puedan tener la crítica de la ciencia y de la filosofía y la del arte. Pero ya hemos visto que se

contenta con las nociones psicológicas elementales. Lo cual, es decir, que tampoco aparece aquel trascendentalismo de la *Filosofía del Espíritu* de Hegel, ni aquel otro del *Alma Suprema* de Emerson.

Este ensayo de Autocrítica es fruta bajada del árbol, antes de madurez, precipitadamente. Y fuera grande su encanto de juventud—¿acaso no es bella la naranja en flor?—si no la presentase como ya madura. Porque uno se pregunta: ¿Es que no ve cuánto le falta para ser madura?

Las antes bien cultivadas aficiones naturales a la generalización van pareciéndome ahora desorbitadas, girando hacia la vacía especulación de la escolástica. A veces me ha parecido que estas generalizaciones son las que el señor Vincenzi considera buena metafísica en oposición con uno de los líderes de la época actual, Bergson, cuando al final de su *Introducción a la Metafísica*, dice: «La Metafísica no tiene nada en común con una generalización de los hechos, si bien se la podría definir como una *experiencia integral*».

Y aunque personalmente experimento la atracción subyugadora de la oceánica metafísica de la Vedanta, en donde la abstrac-

ción sólo conoce abismos, cuando considero los puntos de vista del señor Vincenzi y sus aspiraciones, creo que es deber de camarada señalarle los peligros que amenazan la solidez de su obra.

Es como si yo ejerciera cura de almas. Me mueve un interés humano.

¿Quién recuerda los nombres de los arcontes de Atenas? ¿Quién, la hueste de los cónsules de Roma ni los magistrados que gobernaron las repúblicas italianas? ¿Quién recordará los nombres de quienes gobernaron ayer ni gobernarán mañana, cuando sean cenizas las palmas y yazga el hoy entre las ruinas de civilizaciones que fueron? Pocos nombres, quizás, se salven: nombres de poetas, de historiadores, de filósofos, por quienes podrá juzgarse la elevación espiritual de lo mejor de una época o de una raza o de una pequeña nación.

Contribuyamos, pues, a ennoblecer a nuestros poetas y a fortalecer a nuestros filósofos para que, pendiente de su gloria, pase al porvenir el nombre de la patria que los engendró, o que les prestó el ambiente, o les serenó la vida.

ROBERTO BRENES MESÉN,

Alcances del panamericanismo

[Vibrante editorial tomado de *El Tiempo* de Bogotá]

LA actitud que el gobierno de los Estados Unidos ha asumido ante la posibilidad de que tenga alguna representación en la Conferencia Panamericana de Santiago la Liga de las Naciones, se presta a graves reflexiones, por las tendencias que revela, y debe ser estudiada atentamente por las repúblicas latino-americanas que tengan un claro concepto de su situación y de sus conveniencias.

La Liga de las Naciones no ha logrado hasta hoy realizar la magna obra que se propusiera, quizás por un exceso de idealismo, por un concepto de la solidaridad humana y de la justicia entre los pueblos que la ha hecho aparecer exótica en un mundo devorado por el imperio de la violencia y por el apetito de la dominación. Su principal fundador, el ilustre Presidente Wilson, la concibió como un organismo destinado a garantizar la paz y el derecho, y a trabajar por altísimos principios de equidad; lo que él quiso crear fué, en realidad, un baluarte contra el imperialismo, y una asociación de naciones que se ayudaran mutuamente en las horas difíciles y trabajaran conjuntamente por evitar grandes males a la humanidad.

¿Qué razón tienen los países de la América Latina para rehuir un contacto estrecho con esa Liga de Naciones a la cual casi todos pertenecen y

que fué presidida hace poco por un sur-americano? ¿Cómo pueden ellos considerar la pretensión de Washington, que, según lo avisan los cables de la Prensa Asociada que ayer publicamos, considera como «un insulto especial a los Estados Unidos», y como un agravio a las demás repúblicas americanas, la aspiración de esa Liga a tener alguna directa o indirecta representación en las Conferencias de Santiago?

Muy lógica y explicable es esa actitud en la formidable potencia que se ha negado a formar parte de esa Liga, asestandole con ello golpe mortal, y que en cambio procura unir cada día más a las repúblicas de este Continente, no entre sí sino más bien en torno a la política y a la hegemonía de la bandera estrellada. Cualquier cosa que tienda a alejar a Europa y a Asia de los asuntos americanos tiene que ser y es grata a los estadistas del Norte, pero es indudable que no están en el mismo caso las naciones que se extienden entre el río Grande y el estrecho de Magallanes.

Nosotros somos partidarios francos de un cordial acercamiento a los Estados Unidos y de mantener con éstos relaciones de leal y estrecha amistad y de honorable cooperación, pero siempre dentro de los límites de la prudencia vigilante que debe presidir las relaciones de los débiles con los poder-